

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Todo es una sociedad. Notas sobre la noción de agenciamiento.

Tonkonoff, Sergio.

Cita:

Tonkonoff, Sergio (2011). *Todo es una sociedad. Notas sobre la noción de agenciamiento. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/536>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Todo es una Sociedad. Notas sobre la Noción de Agenciamiento

Sergio Tonkonoff

Conicet/UBA

Agenciamiento, dispositivo, disposición, ensamblaje, composición, agrupamiento, red, collage: términos más o menos intercambiables, usados para pensar las unidades en el marco de una ontología social pluralista. Y para hacerlo sin hablar en primer lugar de sistema, estructura, totalidad, organismo (es decir, de unidades que totalizan a sus elementos – cuando no los preceden). La noción de agenciamiento comporta una crítica tanto al individualismo como al holismo, y responde a un intento de comprender lo social en su multiplicidad y constante devenir, sin por ello perder de vista su articulación y sistematización relativas. Permite pensar que las individualidades y los colectivos no son puntos de partida sino el resultado de procesos abiertos e imprevisibles de ensamblaje o agenciamiento de flujos (sociales) que los exceden. Exploraremos esta noción tal como aparece en la re-lectura de Gabriel Tarde realizada por Gilles Deleuze, y de las influencias de esta relectura sobre otros autores tales como Foucault, Latour y Lazzaratto.

Palabras Claves: Agenciamiento – Sociología – Deleuze – Tarde

Todo es una Sociedad. Notas sobre la Noción de Agenciamiento

Sergio Tonkonoff

Conicet/UBA

Agenciamiento, dispositivo, disposición, ensamblaje, composición, agrupamiento, red, collage: términos más o menos intercambiables, usados para pensar las unidades en el marco de una ontología pluralista, para responder a la pregunta “¿cómo dar cuenta de la multiplicidad y explicar a la vez el modo en que se mantienen juntas las cosas, cómo hacen cohesión las redes, cómo se construye el mundo?” (Lazzarato). Y para hacerlo sin hablar en primer lugar de sistema, estructura, totalidad, organismo (es decir, de unidades que totalizan a sus elementos – cuando no los preceden).

Se trata de nociones que comportan una crítica tanto al individualismo como al holismo, y responden a un intento de comprender lo social en su multiplicidad y constante devenir, sin por ello perder de vista su articulación y sistematización relativas. Permite pensar que las individualidades y los colectivos no son puntos de partida sino el resultado de procesos abiertos e imprevisibles de ensamblaje o agenciamiento de flujos (sociales) que los exceden. Haremos una breve exploración de la perspectiva que se concentra en estas nociones tal como aparece en la relectura de Gabriel Tarde realizada por Gilles Deleuze,

Tarde ha sido un clásico durante mucho tiempo olvidado. Hoy, nuevamente, un número creciente de publicaciones repite su nombre y asistimos al vigoroso avance de posiciones teóricas que lo reivindican como legítimo antecesor. Sucede que su obra se muestra imprescindible no sólo para hacer una historia del pensamiento sociológico. También parece capaz de renovar la comprensión actual de la sociedad y sus dinámicas. Y es que Tarde ha elaborado su sociología general a partir una filosofía de lo múltiple y lo diverso. Ella le permitió pensar lo social sin reificarlo como una totalidad cerrada. Para Tarde lo importante no es el organismo social, sino sus tejidos: redes hechas de relaciones inter-mentales que siempre exceden a su organización institucional. Por eso no busca los fundamentos del orden social (o de su transformación) en el Estado, la Ley o la Economía, entendidas como estructuras terminadas y, por sí solas, determinantes del conjunto social. Tampoco ve en los individuos en sí mismos la causa de los procesos sociales. Sobre todo porque no

habría individuo ni sociedad (o institución alguna) que valiese por “sí misma”. Para Tarde toda forma – individual o colectiva – oculta en su seno una constelación abierta a otras, un entramado múltiple de flujos o “rayos” de creencias y deseos (las fuerzas elementales que mueven al mundo social y subjetivo).

Su obra renace bajo otra mirada, hacia 1968, con la crítica al estructuralismo y la publicación de *Diferencia y Repetición*, título que le insinúa un homenaje. Allí Deleuze lo presenta como el filósofo de la diferencia emancipada de lo negativo, como quien ha ido más lejos en el tratamiento y clasificación de la categoría oposición, y como el creador de una microsociología que rechaza el recurso explicativo a factores impersonales o a las ideas de los grandes hombres, reemplazándolos por “las pequeñas ideas de los pequeños hombres, las pequeñas invenciones y las interferencias entre corrientes imitativas”. Luego, en *Mil Mesetas* (1980), el homenaje deleuziano se explícita, y esa microsociología surge en acto como un potente motor del esquizo-análisis político y social (por eso resulta de la mayor utilidad abordar la lectura de, por ejemplo, la meseta *Micropolítica y Segmentariedad* en paralelo con el ensayo *La Opinión y la Multitud* de Tarde). Una tercera referencia importante se encuentra en el libro de Deleuze sobre Foucault, publicado en 1986. En esta obra se señala una tarea todavía pendiente: confrontar la microfísica del poder con la microsociología de Tarde. Es que esta última tenía por objeto la propagación de “las pequeñas ideas de los pequeños hombres, una rúbrica de funcionario, una nueva costumbre local, una desviación lingüística, una torsión visual”, tanto como aquella otorgaba un rol fundamental a las “minúsculas invenciones” ligadas a la producción de un poder que no pasa por formas sino por puntos singulares.

Esta recuperación deleuziana ha sido el comienzo y la orientación de una serie de desarrollos en los cuales las micro-sociológicas de Tarde aparecen como claves centrales de un modo de comprensión de lo social que se anuncia como un paradigma todavía en formación. La primera gran puesta en obra de este nuevo paradigma fue, ahora podemos verlo, *Vigilar y Castigar* (1975) – aún cuando el nombre de Tarde no sea mencionado allí ni una sola vez. Foucault caracteriza al modo disciplinario de ejercicio del poder como “una especie de ‘huevo de Colón’ en el orden de la política”. Una invención que no debe entenderse como una única emergencia producida súbitamente y *ex nihilo*, sino como “una multiplicidad de procesos, con frecuencia menores, de origen diferente, de localización diseminada, que coinciden, se repiten o se imitan, se apoyan unos sobre otros, se distinguen según su dominio de aplicación, entran en convergencia y dibujan poco a poco el diseño de un método general”. Las disciplinas serían una anatomía política del detalle, hallazgos tecnológicos diversos que, combinándose, entramándose en redes flexibles, difundiéndose a lo largo de la

multiplicidad del cuerpo social, llegan a formar una sociedad disciplinaria. Enseguida se verá cuán estrictamente tardeana es esta conceptualización de la lógica social del poder.

Más recientemente, también Bruno Latour y Maurizio Lazzarato han encontrado en Tarde el punto de partida de nuevas formulaciones acerca de la realidad social y los modos de conocerla.

Latour lo considera un precursor de la teoría de la acción-red desarrollada en su libro *Reassembling the Social* (2005). Uno de los objetivos de esta teoría es cuestionar que exista un fenómeno específico llamado sociedad. Cuestiona, además, que lo social pueda ser tenido por una variable explicativa o un factor independiente. Siguiendo la guía de Tarde y de Deleuze, propone una sociología que reemplace la noción de sociedad por la de asociación o ensamblaje, y que haga derivar sus explicaciones del rastreo de enlaces entre elementos heterogéneos – convirtiéndose entonces en una “asociología”. Tarde es para Latour un teórico de las redes *avant la lettre*, esto es, antes de la mundialización tecnológica y el estallido de la bomba informática. Es también alguien que creyó irrelevante la división naturaleza-cultura para la comprensión de la interacción humana y estimó inconveniente la distinción micro-macro para responder a la pregunta de cómo la sociedad es generada. Latour entiende que otro, más venturoso, hubiera sido el destino de las ciencias sociales si los dos volúmenes de la *Psicología Económica* de Tarde hubieran recibido más atención que *El Capital*, o si sus *Leyes Sociales* hubieran ocupado el lugar de *Las Reglas del Método Sociológico* de Durkheim.

Lazarato, por su parte, encuentra en él al creador de una ontología del acontecimiento y la multiplicidad, imprescindible para la producción de nuevas formas de pensamiento sobre la sociedad y la política. Tarde participa aquí de la familia antihegeliana que de Nietzsche a Deleuze –pasando por W. James y Bergson– perfilan una vía de salida a las filosofías del sujeto y a las teorías sociales que sellaron la modernidad. Es presentado en *Puissances de l'invention* (2002) como una alternativa a la oposición entre individualismo y holismo de las sociologías clásicas por cuanto concibe la producción y composición del mundo social sobre la base del doble mecanismo de la repetición y la diferencia. Es visto además como una opción frente al marxismo y la economía política por cuanto quiere explicar la formación del valor, no en relación a la producción económica y la acumulación del capital, sino a la dinámica del acontecimiento o la invención.

Todo esto para decir que tal vez estemos asistiendo a la configuración de un nuevo paradigma –nuevos conceptos y nuevas conexiones– que asume a Tarde como un fundador y como un contemporáneo. Y que muy probablemente todo lo nuevo que hay en este pensador de fines del siglo XIX dependa de este tipo de lecturas. Sea como fuere, tal es el marco específico a través del cual Tarde llega hasta nosotros. Desde su muerte en 1904, su influencia, que supo ser mundial (de José Ingenieros a la primera Escuela de Chicago), había ido mermando hasta casi desaparecer. No fue sino hasta fines de la década de 1980 que comenzaron a reeditarse en Francia algunos de sus trabajos más importantes, y sólo en 1999 se emprende la publicación de sus obras completas bajo la dirección de Éric Alliez, discípulo de Deleuze y uno de los fundadores de la revista *Multitudes*. En el 2001, esta revista dedica un número monográfico a al renacimiento en cuestión titulándolo *Tarde intempestivo* – alusión nietzscheana que tal vez hable menos del autor recuperado que del contexto en el que se produce su recuperación.

Éste es uno de los motivos por los cuales algunos historiadores de las ciencias sociales han llegado a afirmar que estaríamos padeciendo una epidemia de “tardomanía”, y a considerarla injustificada. Rechazan el carácter de este redescubrimiento adjetivándolo como filosóficamente sesgado, agiológicamente motivado e históricamente anacrónico. Y de Tarde execran sobre todo su ausencia de racionalidad científica, calificando su método de pensamiento como metafísico, literario y hasta periodístico, e impugnando la escasa o nula disposición a la validación empírica de las hipótesis que profiere. Es claro que esta crítica sigue una tradición: la que encuentra en él un referente negativo, portador sugerente, perspicaz y hasta simpático, de aquello que hay que evitar si se quiere hacer una ciencia de lo social. Tal tradición merece el nombre de durkheimniana.

Tanto en Tarde como en Deleuze, el nivel propio de lo social es el de los flujos de creencias y deseos colectivos, las corrientes de fe y pasión que constituyen (y destituyen) a los individuos, los grupos y las instituciones. Por eso la sociología debe ser, ante todo, una ciencia de las conexiones. Debe estudiar el fluir inter-individual, por contacto o distancia, de afirmaciones y negaciones, atracciones y repulsiones, obediencias y resistencias que tejen la trama social. Debe hacer las veces de una cartografía de esos flujos. Un saber cuyo dominio esencial radica en “todos los hechos de comunicación entre espíritus y todos sus efectos”, y cuya tarea consiste en dar cuenta de la creación, conservación, distribución y metamorfosis de los cauces de convicción y voluntad que producen –y son producidos por– la acción inter-individual.

De ahí que sus primeros objetos de estudio no hayan sido las grandes representaciones, las clases sociales o los aparatos estatales, sino los procesos microscópicos de repetición, contra- semejanza y diferenciación producidos en las multitudes, los pequeños grupos, la opinión pública, la conversación, el rumor y los intercambios económicos. Y de ahí que no tolere bien abstracciones tales como “la” sociedad (o, incluso, “el” individuo), ni pueda pensar en términos de estructuras y factores los procesos de transformación social –pero tampoco los estados de equilibrio.

De manera que aquí el primer paso para abordar el estudio de un fenómeno social, sea éste generalizado o restringido, estable o crítico, consiste en encontrar un inicio. Una invención que, en tanto co-adapta algunos de sus vectores, siempre depende del campo social en el que se efectúa, pero al que también desborda mediante esa conjunción inédita que será un (nuevo) comienzo. Aquí todas las cosas sociales empiezan y terminan en la comunicación entre individuos, y una comunicación tal posee siempre un punto de irradiación singular. Aun cuando un modo de acción, pensamiento o valoración pueda institucionalizarse o colectivizarse de forma que parezca impersonal, hay en sus comienzos y en sus sucesivas transformaciones, un individuo, o más bien un tipo particular de individuación. Tarde quiere que descompongamos las nociones reificantes de nuestro vocabulario habitual –ciencia, moral, derecho, economía, nación, etc.– haciendo las historias de los procesos específicos de emergencia y diseminación que esas nociones sólo captan en su resultado. Estos términos abstractos no dejan ver lo que en realidad ha sucedido. Tienden a ocultar los acontecimientos, las propagaciones y las oposiciones luego de las cuales un ejemplo se vuelve anónimo, repitiéndose como si no tuviera origen, o como si éste fuese indefinido. Esto quiere decir que debemos entender al Individuo y a la sociedad, también a los subsistemas intermedios y a los agregados internacionales, como aquello que hay que explicar y no como lo que se debe suponer. Para dar cuenta de cualquier objeto social es preciso reconstruir las historias que convergen en él otorgándole la fisonomía con la que se nos ofrece. Esta es la historia de las creaciones singulares que lo produjeron, el radio de propagación que alcanzaron, las resistencias que hallaron en su camino, los conflictos que provocaron, las verdades que desplazaron, las composiciones que entramaron, el nuevo mundo (grande o pequeño) que fueron capaces de engendrar, y que ahora aparece ante nosotros como una materia compacta y naturalizada, verdadera. Tarde nos propone entonces una sociología microfísica cuyo método sea el de la heterogénesis – o el de lo que Foucault llamó, siguiéndolo de cerca en este punto, la genealogía.

El método de la heterogénesis nos deja ver que todo lo que aparece a la distancia como un continuo hecho de una sola pieza, resulta ser una multiplicidad. Y nos permite preguntarnos ¿cómo llegan estas multiplicidades a conformarse como unidades más o menos duraderas que, en cierto nivel y desde cierto punto de vista, son sistemas de estructuras y funciones? Y ¿qué clase de sistemas son éstos?

La respuesta de Tarde es que toda unidad social debe entenderse como un compuesto, una configuración o ensamblaje de afluencias antes dispersas, que crece o decrece según nuevas corrientes confluyan en él y según los cauces que lo conformaron aumenten o disminuyan su *quantum*. La forma, estabilidad y duración de un conjunto remite entonces a la interacción asociativa de corrientes imitativas que co-adaptándose adquieren cierto tipo de estructuración y funcionamiento relativamente coordinado. Estas co-adaptaciones son tanto lógicas como teleológicas: sistematizan creencias y fines, convicciones y deseos.

Para caracterizar un ensamblaje cualquiera, hay que identificar cuál ha sido, en su caso, el modo específico en que se han articulado o dispuesto los elementos que lo componen. Se debe medir también la coherencia de dicha disposición, así como los grados de cohesión que ligan a las distintas partes entre sí. Asimismo, debe mapearse su morfología interna, los modos de circulación de sus flujos, sus grados de intensidad (alzas y bajas), el carácter atractivo o repulsivo de sus cargas, tanto como las entradas y salidas (regulares e irregulares) que informan su economía y sus relaciones con otros conjuntos. Ello habrá de hacerse cada vez, para cada conjunto, en cada tiempo y lugar.

Con todo, esta tendencia empirista y nominalista en Tarde no le impide señalar una serie de rasgos comunes a todos los modos de composición social. En primer lugar, se trata siempre de ensamblajes de relaciones inmanentes. Es decir, de lazos que no remiten a ninguna esencia, sustancia o estructura exterior que les otorgue un fundamento o un sentido situado más allá de su propia disposición. Relaciones que (segundo rasgo) poseen un carácter contingente tanto en lo que respecta a su emergencia como a su duración. Lo que equivale a decir que se producen cada vez, y cada vez pueden dejar de producirse: contingentes no sólo en el momento de su surgimiento sino incluso cuando ya se ha instaurado el circuito de su re-producción. Ello es así sobre todo porque (tercera característica) en ningún caso la estructuración generada de esta manera totaliza a sus elementos. Aquí el todo siempre es menor a la suma de sus partes. Y ello porque cada una establece un vínculo fragmentario con las otras para formar el conjunto al que siempre excede. Por otro lado, cada parte puede participar de distintos agrupamientos a la vez, tanto como huir de todos ellos. No hay en este mundo relaciones exhaustivas y excluyentes. Sucede que cada elemento es

en sí mismo un conjunto desbordado por conexiones y fugas que no entran en composición en el nivel de su unidad. Afirmar que un sistema no totaliza a sus componentes, significa que cada uno de ellos tiene actividad propia y que actúa (cuando lo hace) como asociación en distintos agrupamientos a los que pertenece según distintas modalidades y en grados diversos, pudiendo, además, modificar alguna de sus relaciones sin cambiarlas todas. Finalmente, un conjunto semejante no sólo no consigue totalizar a sus componentes sino que tampoco él mismo podrá ser cabalmente completo y absolutamente coherente. Será un sistema, pero nunca podrá clausurar su sentido ni detener sus derrames, y estará siempre sujeto a constantes variaciones en la intensidad de sus flujos, así como en los grados de conexión y coordinación de sus partes.

Todo esto implica que sociedad e individuo pueden seguir siendo nociones legítimas del discurso sociológico siempre que se los conciba como conjuntos abiertos de relaciones inmanentes, contingentes y parciales de creencias y deseos en continuo devenir. Y siempre que se entienda su constitución como un acontecimiento en sí mismo. En uno como en otro, algunas de las múltiples corrientes que conforman la trama polimorfa de la vida social han llegado, a través de co-adaptaciones precisas, a formar sistemas de juicios (una lógica) y sistemas de fines (una teleología), sin dejar por ello de diferir e interferirse en otros aspectos.

De modo que todo individuo es un intervalo entre dos dispersiones, y su unidad relativa, nunca totalizada, también ella es un producto de la asociación de elementos que lo exceden. Constituye un conjunto que tiende a la coherencia y la completitud sin conseguirlas jamás, un punto de estructuración, inestable y provisorio, de las corrientes pasionales y creyentes que conforman la vida social en su exuberancia y diversidad.

En cuanto a las morales, las religiones y las ideologías – así como los Estados y las organizaciones económicas– más que estructuras externas a los elementos que constreñirían desde afuera, son, ante todo, formas de hacer, sentir y pensar, inter o trans-individuales. Visto en detalle aquello que llamamos institución tiene la forma de una red ligada a otras redes. Su conformación no depende de entidades o procesos que, desde un exterior infraestructural o trascendente, determinarían su forma y permitirían su estabilidad. En Tarde, lo hemos visto, el origen de las regularidades macroscópicas (económicas, culturales, políticas) debe buscarse en la repetición multiplicada de cierto tipo de actividad. Repetición que implica, ella misma, variaciones infinitesimales.

Los estados estables de la materia social se deben a un gran número de actividades elementales simultáneas. Pero esa estabilidad se encuentra

constantemente trabajada por incontables y pequeñas variaciones, aun en el nivel de la repetición elemental que la produce. Es que aquello que entra en composición y se re-produce de un individuo a otro –o más bien, de una porción de un individuo a una porción de otro– sufre, por lo mismo, modificaciones que trabajan inevitablemente en favor del desequilibrio y la transformación del sistema que conforman. Tómese cualquier regularidad estadística, poniendo la atención no en su media sino en su coeficiente de variación, y se sabrá que no hay conjunto, por más estable que parezca, que no esté sujeto a cada momento a las mutaciones más diversas. Mutaciones infinitesimales que incluso manteniéndose en su ritmo más lento resultan capaces, pasado cierto umbral, de modificar por sí solas las características globales del conjunto.

Siguiendo este camino puede pensarse en una red de redes, y otorgarle el nombre de sociedad a esa composición de nivel superior. Pero no se obtendrá de esto la imagen de un cuerpo lleno, cabalmente organizado y funcional: un organismo. Tampoco se encontrará un edificio de dos pisos atravesado por una contradicción que determina todas sus instancias. Lo que surgirá en cambio es una inmensa y tupida trama de relaciones marcada en infinidad de puntos por disyunciones que la bifurcan y oposiciones que la interrumpen. Red que, además, coexiste con un número todavía mayor de relaciones (sociales) a las que no incluye. El punto de vista microscópico permite saber que, conforme se pasa de un nivel de composición a otro superior en generalidad, se va de lo más complejo a lo más simple y estereotipado. Por eso las sociedades presentan un tipo de organización más sencillo que el de sus componentes (redes de un nivel de generalidad inferior). Para resumir esta tesis Tarde señala, con su elocuencia característica, que un hormiguero es incomparablemente menos complicado que una hormiga.

He allí la particularidad de esta sociología molecular: tomar como punto de partida la inmensa diversidad y complejidad de lo más pequeño – que es también lo más indeterminado; saber que lo heteróclito y lo heterárquico son el principio y el final de lo social estructurado; y entender que lo macro es siempre más esquemático y más estandarizado que lo micro. En suma, es propio de esta sociología mostrar en que la sociedad no comprende la totalidad de lo social.

Si agregado significa adaptado, y diversos agregados pueden co-adaptarse, entonces una sociedad es una co-adaptación de nivel superior de sistemas a los que articula parcialmente. Lo cual supone, a su vez, que al interior y al lado de la figura agujereada que dibuja su perímetro, necesariamente impreciso y discontinuo, pueden existir a) otros sistemas no adaptados (diferentes), b) sistemas que se le oponen parcial o masivamente, así como c) un centelleo de diferencias no compuestas ni

opuestas a nada. Puesto en otros términos, todo campo social organizado esta surcado y excedido por novedades y tradiciones, formas de subjetividad y de des-subjetivación, fenómenos de banda, público y multitud, que son criminales, inmorales o antiestéticos por contradecir la ortodoxia que necesariamente sanciona esta red de redes. Pero que también pueden constituirse como pequeños mundos paralelos al orden vigente, evasivas que difieren en mayor o menor grado de aquello que busca determinarlas.